



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13734

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 150 pts.—Tres meses, 450 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

## REDACCION Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

JUEVES 5 DE SEPTIEMBRE DE 1907

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correos en París: Mr. A. Loretto, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31, Fatberg-Mosmarre.

## EL ARBOL

III

Nadie ignora, de cuantos entienden algo de estas materias, el poderoso influjo que los árboles ejercen en la seguridad y aflanzamiento de las tierras, particularmente en las laderas y vertientes de los cerros y montañas. Los hechos, además, lo demuestran con una evidencia abrumadora para la agricultura nacional.

Cuando un grito de espanto anuncia los terribles rugidos de la inundación que llega, no hay que mirar el cielo ni a la tierra llana; no es del cielo ni de la tierra llana de donde viene el castigo; viene de aquellas peladas cumbres que con sus barrancos desbordados, sin raigambres que los contengan, ni hojas ni ramas que, como brazos maternales, reciben y atentan el primer golpe de las nubes, arrojan vengativos la ruina y la desolación en el valle fértil y en las campiñas riueñas.

Las vegas del Segura y del Andarax, del Jalón y del Giloca y otros muchos del centro, del Mediodía y de Levante de España estaban en otro tiempo á cubierto de esos estragos, porque los cerros que las circundan eran montes poblados de especies arbóreas conformes á la diversa calidad del terreno. En las mismas montañas de Jaca y de Santander se observan también, con los desprendimientos de tierras de la altura descuajada y talada, la invasión tumultuosa de las aguas en los valles y la acumulación constante de piedras rodadizas en líneas que desaparecen para siempre bajo aquella capa aniquiladora de toda vegetación y de toda rústica belleza.

Este, á este propósito, en los libros lo que en los valles de Isere y de Turanca (Francia) estuvo ocurriendo desde que Napoleón I, mal aconsejado por su odio á Inglaterra y por la complacencia servil de alguien que andaba alrededor de su trono, descujó de magníficos hayales las dos vertientes que forman la cuenca de aquellas comarcas. La devastación producida por las lluvias torrenciales fue inmediata. Las tempestades eran la ruina; el agua el enemigo. Napoleón III destinó 40 millones anuales de francos á la repoblación del arbolado en las laderas de la cuenca. A los pocos años empezaron á disminuir los efectos desastrosos de los torrentes, después apenas hubo inundación ninguna que lamentar.

Puede decirse otro tanto del régimen de las aguas. Cuando los ríos marchan encauzados por hileras de árboles y entre colinas y eminencias cubiertas con hermosa cabellera de bosques, la cantidad de líquido es casi constante, los manantiales fluyen con abundancia, y las nieves y las lluvias lentamente absorbidas por el esponjoso humus forman ricos depósitos en el fondo de la tierra, que en multitud de puntos se difunden para emerger en arroyos y fuentes que en vez de rugir con ruidos alegres y juguetones la dicha de fecundar el mismo seno en que se levantaron ocultos.

Se ha discutido no poco acerca de si el agua ó no influencia los bosques en las lluvias, pero la circunstancia de que en el Norte de Africa ha cobrado el desarrollo de las plantaciones de acacias con aguaceros copiosos que antes no se conocían mientras en Madagascar se sufren frecuentes sequías desde que se han arrancado sus arboledas; y otros ejemplos á estos semejantes, hacen tanto peso por el lado de la opinión afirmativa. Dánse además razones científicas para demostrarlo (que no es del caso recordar aquí), y de todas maneras no pue-

de negarse que la humedad atmosférica es constante donde predomina la vegetación forestal, y si ésta influye en el aumento del caudal de los manantiales, y aun en la emergencia de otros nuevos, ¿por qué no ha de influir también en los espacios donde se condensan los vapores y se elaboran las lluvias?

Si se quisiera concretar en un solo punto lo que los árboles favorecen la salud pública, el clima, la consistencia de las tierras, el régimen de las aguas y la riqueza general, bastaría fijar la atención en las grandes plantaciones hechas en las Landas, ese inmenso arenal que se extiende desde Bayona á Burdeos, y que debió ser en remotos tiempos dominio del Atlántico.

Aquellos soberbios pinares acabaron con el paludismo, alzaron las dunas que se desprendían con las lluvias tormentosas, y han producido tantos millones á Francia como las más ricas vegas de la Gironda ó de la Turena.

Sobre la arena crecieron los pinos; alrededor de los pinos se levantaron las aldeas y los pueblos; bien pronto la prosperidad y la abundancia en maderas, en resinas, en leñas y en ganados, hicieron del desierto un paraíso. ¡Cuántos milagros semejantes podían hacerse en España en las siltas y desiertas planicies de la Alcarria, tan orgullosa en otras épocas de su riqueza forestal, y particularmente de sus magníficos nogales; en las vertientes de la cordillera que va desde Extremadura hasta el Ebro, con todas sus derivaciones muertas, en gran parte, para la vegetación; en los montículos, cuyos pies bañan el Pisuerga y el Duero, el Tajo y el Guadalquivir; en tantas regiones tristes y secas, donde la mano brutal de la ignorancia y de la codicia, escarneciendo y burlando todas las leyes y todas las ordenanzas, ha clavado su arma, verdaderamente parricida, en el corazón mismo de la madre Naturaleza, que se muere de hambre y de sed cuando queda despojada de sus árboles!

VALENTIN GOMEZ.

## Páginas literarias

### UNA IDEA FIJA

En la época, no muy remota, del último levantamiento carlista, las tropas leales consiguieron posesionarse de un pueblecillo de Navarra, que si por su pequeñez no merece nombrarse, continúa por su posición topográfica un punto estratégico de gran importancia. Fortificado lo mejor que se pudo, dejöse en él, para resistir los ataques de que, á no dudar, sería objeto, á parte de la correspondiente dotación de artillería, un batallón de cazadores, cuya oficialidad, en general joven y lucida, hallábase alojada en las principales casas, y tratada á cuerp de rey, particularmente allí donde había alguna muchacha casadera. El uniforme militar ha tenido siempre, para las niñas más impresionables que reflexivas, un atractivo especial sobre todo si el que lo viste es elegante y dicharachero; resultando, por lo tanto lógico que las señoritas del pueblo de referencia miraran con ojos tiernos á sus bizarros defensores.

Entre las que sintieron con mayor intensidad la influencia de esa atracción, contábase Elenita, hija única del rico ganadero Ibagurren, la cual de buenas á primeras se enamoró, como puede enamorarse una niña de dieciséis años, del apuesto teniente Castejón. Verdad es que éste dió margen á que así sucediera, pues no perdonaba medio para demostrarla, con miradas y suspiros hondos, cada vez que

pasaba bajo sus balcones ó se encontraban en la iglesia, los efectos progresivos de una pasión, sincera probablemente porque la muchacha lo valía. A las dos semanas eran ya novios, sin haberse hablado siquiera; faltaba sólo una ocasión propicia para declararse verbalmente él y pronunciar ella el codiciado sí, con su boquita de mieles. Y la ocasión se presentó pronto: no había de presentarse! Siguiendo la costumbre, se dió aquel año en el casino de los señores, con motivo de la fiesta mayor, un baile extraordinario, al que asistieron los jefes y oficiales libres de servicio, incluso el teniente coronel, un veterano tan serio y fosco en la pelea, como francote y jovial en los momentos de expansión.

En el segundo número del programa figuraba el clásico rigodón que los modernos hemos ido sofisticando á nuestro antojo, sin parar mientes en la respetabilidad de su abolengo. Apenas la orquesta comenzó á preludivar, el teniente Castejón se fué en derchura al encuentro de su Dulcinea, antes de que otro le ganara por la mano, y ofrecióle el brazo, acompañando al ademán el estribillo de rúbrica.

—¿Me dispensa usted el obsequio?... Elenita, embargada por la emoción, contestó afirmativamente con la cabeza, y apoyöse en su caballero, quien la condujo al sitio elegido para formar el cuadro. ¡Había llegado el instante que ambos esperaban con tanto afán! En la primera parte del rigodón, el teniente limitöse, para hacer boca, á superficiales galanterías, dispuesto á lanzarse en cuanto empezara la segunda. ¡Lástima de minutos perdidos! Cuando se abrieron sus labios, para formular, al son de la música, la ansiada declaración... el estampido de un arma de fuego, seguido inmediatamente de otros muchos, sembró la alarma y la confusión entre la concurrencia, mientras que la gente corría por las calles, gritando, con voces nada tranquilizadoras:

—¡Los carlistas! ¡los carlistas! No se necesitaba más toque de llamada. Los militares, en el tiempo preciso para recoger en el guardarropa sus sables y revólvers, corrieron á sus respectivos puestos, prometiéndose hacer pagar caras al enemigo las horas de placer que les robaba. —No asustarse, señores; eso no vale la pena—dijo, al salir, el teniente coronel, que gracias á sus privilegiados pulmones consiguió dominar el creciente alboroto—han querido probar si nos hallaban dormidos. Continúe la fiesta, puesto que aquí no alcanzan las balas, en tanto que nosotros les escarmentaremos allá. Un poco de paciencia, señoritas; dentro de media hora mis subordinados estarán de vuelta, para cumplir el compromiso que han dejado pendiente. No el deseo de divertirse, sino el pánico que sentían los concurrentes, hizo que ninguno abandonara el casino, donde todos se creían seguros. Agolpados á los balcones los hombres de peso, con el oído atento á lo que ocurría fuera, y consagrados los jóvenes á las mujeres, cuyo estado requería eficaces antiespasmódicos, se les pasaron sin advertirlo veinte minutos, durante los cuales, el rigodón, imponente al principio, fué menguando hasta extinguirse por completo. Esto devolvió la tranquilidad á los corazones, con tanta mayor razón, cuanto que en el plazo fijado por el jefe de la tropa leal, viöse entrar de nuevo en el salón á los denodados militares, que con el fulgor del triunfo en los ojos y sin reparar en el desalifo del traje, ofreciendo el brazo á su respectiva pareja para reanudar el interrumpido rigodón.

Solo Elenita permanecía sentada. Su caballero, menos diligente que los otros, no había regresado aún, circunstancia en que nadie reparó, salvo él día á día que quedaba incompleto. ¡No hay que decir si la hija del ganadero tendría la vista clavada en la puerta! Por ella entró, al cabo... el teniente coronel, quien después de una rápida ojeada en torno suyo, cómo si buscara á alguien, se coló por entre los danzantes hasta llegar al sitio que ocupa Elenita, delante de la cual se paró, diciéndola con perfecta naturalidad:

—Señorita; vengo en nombre del teniente Castejón á suplicarla que dispense mi involuntaria falta. No le es posible terminar el rigodón... porque en este momento le están amputando la pierna derecha. ¡El pobrecillo no volverá á bailar en su vida! Muchos años han transcurrido desde entonces. Elena Ibagurren, casada con un rico propietario y madre de dos hermosos niños, reside actualmente en la Corte, llevando una existencia feliz. Conserva, empero, un re-

cuerto tristísimo del lance que acabo de referir y por el que estuvo próxima á perder la razón; una idea fija que se manifiesta de un modo bastante original. Siempre que ve un militar, baja apesadada la vista al suelo, y con el raballo del ojo le mira los pies. ¡Le ha quedado la manía de que todos han de ser cojos!

Emilio Carrera

## Guernos y Calreles

Como dice un antiguo adagio, que á cada santo le llega su fiestecita, ahora los entusiastas de la fiesta nacional no se preocupan más que de la próxima corrida de toros que ha de celebrarse en la plaza de Murota, el próximo domingo que es á la que ahora le corresponde el turno.

Individuo hay ya á estas horas que está haciendo el lío para ir casa de Blaya y conferenciar con él en el gabinete reservado acerca del viaje á la capital.

La perla del Mediterráneo tiene que devolver á la sultana del Segura, su obligada visita y por eso los hijos de la primera se preparan para rendir su obligado tributo á la segunda.

Los toros han llegado, los diestros llegarán y la empresa está haciendo rogativas para que no llueva.

—Ayer salió para Sevilla el diestro Antonio Rivas, Moreno de San Bernarito.

El banderillero Manteca está escrutando para la corrida que el próximo domingo se celebrará en Murota.

Este valiente torerito entrará á formar parte de la cuadrilla de Pepete.

—Según noticias que me han facilitado se están organizando varias novilladas, que se celebrarán en nuestro circo taurino en el presente mes de Septiembre.

El gremio de pescadores y vendedores de almejas, proyectan una becerrada.

Los dependientes de fondas y restaurantes organizan otra y de seguir así nada tiene de extraño que hasta las nodrizas sin colocación piensen celebrar una corridita en favor del gremio.

Animo pues que no desalga la animación.

EL MERO.

## Biblioteca de EL ECO DE CARTAGENA 176

Quien no haya sido soldado no puede saber que el oficial trata á sus subordinados como si estos ocupasen rango inferior en la especie humana. Quien no ha sido soldado no puede comprender la satisfacción que se experimenta al verse en sociedad de personas buenas y amables.

Dirigíme á la puertecita, pero me detuve detrás del primer boquecillo para ver salir el grupo del pabellón. Cuando vi al teniente Von L... presentar el brazo á Emilia, me dió que había sido muy necio en no ofrecerle el mío. Pero no tomé el brazo del oficial y le oí decir en alta voz:

—¡Ah! ¡me ha perdido su guante! Volved á casa, señor teniente y vos también, tío; os alzararé al momento.

Y sin aguardar respuesta, se separó del grupo y se dirigió corriendo hácia el vallado de tejo.

En mi ingenuidad, me pregunté si sería conveniente escuchar lo que me decía el coronel y correr al encuentro de la joven. No vacilé, y en pocos segundos llegué al baño saltando por los setos y cuarteles de flores. Emilia no estaba. ¿Qué dirección había tomado? Corrí hácia la puerta del parque, ¡oh felicidad! la joven estaba en el panteón mirando hácia afuera. Cogí una rosa y me acerqué tímidamente. Volvió Emilia y nos encontramos cara á cara. Mi necesidad me hizo pronunciar estas palabras:

## LA VIDA MILITAR EN PRUSIA 173

—¡Y cómo os habéis atrevido á penetrar en un parque donde nada se os había permitido! Sois tanto más culpable cuanto que debíais encontrar aquí al Herr mayor ó á mí.

Sin contestar al teniente, me dirigí al alcaide señor y le expliqué con respetuosas palabras mi perdona de la indiscreción que había cometido al penetrar en su propiedad.

—Me ha seducido—añadió—este maravilloso parque y he cometido la ligeros de penetrar en él, dominándome en seguida el sueño bajo un frondoso follaje.

El señor manifestó recibir con agrado mis excusas, sonrió y me dijo:

—Para bien, en lo sucesivo, pasead en él cuanto gustéis.

El teniente me dirigí á quemaropa esta pregunta:

—¡Y cómo se os ha mojado el pelo al dormir?

—Porque habrá llovido sin duda—le contesté. Mordíose los labios y calló, pero podía estar seguro de que no tardaría ni nombre en verme adornado con una raya en su cuadero.

Antes de marchar, me acerqué á la señora y á Emilia para saludarlas.

—Acabo de saber—dijo la primera—que no soy